

Pequeña antología de Juan Ramón Mansilla

Premoniciones

El hielo no dejaba en la boca el menor rastro de frescura.

BORGES

Nadie sabe nunca por qué ve
de modo diferente los objetos
sin brillo que hace tiempo
nadie observa y, un baúl,
una alfombra, un candelabro,
advierte clara la presencia
de los desaparecidos.

Tras mirar se hace necesario
el espacio vacío que habita las postales,
la techumbre en ruina que a la casa
da forma de liquen y arboleda,
rostros solos y fríos,
rostros detenidos sobre el agua.

Momentos que tardan en borrarse
si no se espera ver más para sentir la muerte.

Costumbre

Y luego ese estarse aquí,
hueco en el hueco,
permaneciendo entre enseres,
rostros, vidas que mudan,
y en medio la costumbre
como un disfraz de viento usado.

La carne habrá de soportar
un largo invierno,
las ropas perdidas,
más lodo que barro la tierra.
La soledad, el hambre
poco más que una noticia.

Unas veces con ira, otras
con mansedumbre dentro.

Las palabras no suenan para todos.
No somos quienes somos,
sino lo que a solos estamos persiguiendo.

Ya no tenemos tiempo.
Otros acabarán lo que no hicimos.

(De *Los días rotos*, El Toro de Barro, 2000)

Última carta a Meneceo

Mi muy caro y díscolo Meneceo:

Cuando de mis años han transcurrido
entre cárcel y exilio la mitad,
dime, ¿qué verdad es la verdad?
¿es lícito mostrarse comedido?

La envidia del voyeur me ha perseguido
con más saña que el recato y la bondad,
sólo viendo, como la Montreuil, maldad
en mí, negándome paz y olvido.

Viví el mundo frívolo de París,
sus burdeles, teatros y letrinas,
fui de una amante a otra sin distingos:

Mademoiselle Rivière, la joven Dorville...,
brocados y tules, bambalinas
los lunes, fresa y champagne los domingos.

Reo de muerte, en efigie quemado,

vagué por corredores de un hospicio,
internado por decreto de un ministro:

— Téngasele completamente aislado,
en no darle pluma se tendrá cuidado,
que no vierta al papel blanco su vicio,
désele el indispensable servicio,
su paso por el mundo sea borrado.

Mas mis obras tendrán vida impoluta,
lúbricos volarán mis pensamientos,
en la fosa dormiré disoluta

muerte para disgusto de no pocos.
Hoy, dos de diciembre, mil ochocientos
catorce, en un lazareto de locos.

(De *El rostro de Jano*, J. Navas, 2001)

Plomo, cebo, paciencia

Mi hermano y yo pescábamos cangrejos
en verano. Un arroyo curvo hacia el sur,
lento entre el oro alto del trigo.
Tendíamos las nasas.

Plomo, cebo, paciencia.
Las tres reglas del oficio.
Él se sentaba bajo las mimbreras.
Yo me zambullía en el agua
y hurgaba en los cubiles.
Algunos cangrejos mordían,
otros se dejaban sacar dócilmente.
Izábamos las nasas mientras caía la tarde.
Plomo, cebo, paciencia.
De los cangrejos, ni rastro.

(De *Fugaz*, Almud, 2008)

Stardust

In sé crede e nel vero chi dispera?

GIUSEPPE UNGARETTI

Esta es la hora más difícil. La hora en que el celaje
incuba tu forma sin que pueda tocarla.
Pienso en Turner: el tren llega o parte,
pero nada, nadie se va.
No muy lejos de aquí tal vez suceda
que un poco de lluvia
te halle en un café o en la calle.

¿Y si fuera la misma que mojaba
hace poco mi rostro?
¿Habrá que creer entonces en los prodigios
o es solo un afán, el mismo que acerca
los labios a las ansias del otro?
Yo, como tú, ansío la certeza.
Pero algo nos lleva de lo que dura a lo que pasa.
Lo adviertes, lo palpas, lo descubres
en el vello, en la laringe, en el abdomen.
No es tan atroz, tan alarmante
si crees en ti, si sabes que somos sustancia
liberada por explosiones de quásares, polvo
de estrellas, vida que esplende,
que está ahí, que ocurre.

(De *Una habitación en rojo*, El Toro de Barro, 2011)